

INSEGURIDAD E IDENTIDAD EN CONTEXTOS GLOBALIZADOS

Rosa Alayza

Política, profesora del Departamento de Ciencias Sociales de la PUCP y
Directora del Instituto Bartolomé de las Casas

Vivimos en realidades globalizadas, nuestro consumo diario así lo expresa; al igual que los medios que empleamos para comunicarnos dentro y fuera del Perú. A la mayoría de peruanos les resulta común tener uno o varios familiares en otro país; los lazos que se cultivan con ellos representan un canal más por el cual se nutren de otras realidades, modos de vivir y pensar. Entre nosotros varían, según ambientes sociales y culturales distintos, los niveles de acceso al consumo y a los cambios tecnológicos; pero, curiosamente, a la vez se comparte bajo distintos modos y grados un sentimiento de inseguridad creado por el constante cambio en nuestras condiciones de vida, enmarcada en el contexto de la globalización.

Las formas de consumo, así como de entretenimiento, llevan a muchos a decir que están perdiendo su propia cultura, a percibir que una invasión de medios de consumo les ha ido cambiando los modos de vida y conducta que por muchas décadas habían permanecido iguales. Pero el sentimiento descrito anteriormente va acompañado de la fascinación que producen en diversos grupos de la población las vitrinas y las posibilidades de consumo cotidiano; incluso aunque no se tenga dinero disponible, las posibilidades de acceder al crédito llegan en mil formas a la mano de los potenciales consumidores. Pero, justamente, estas experiencias contribuyen a alimentar el temor de no saber cuánto más vamos a cambiar, hasta dónde podemos llegar con estos hábitos.

Es curiosa esta época, porque los modos de consumo se han globalizado y estandarizado en una serie de aspectos; incluso a pesar de las desigualdades que existen, las prácticas de consumo abarcan de manera cada vez más estandarizada a más estratos de la población. Aunque la variedad y calidad de los objetos y servicios de consumo diferencian a unos grupos sociales frente a otros, al mismo tiempo surgen muchos símbolos e iniciativas dirigidas a afirmar nuestra identidad peruana por intermedio de las *marcas del consumo*, de las campañas por la compra de productos peruanos, que abarcan inclusive campos como la creación artística musical, plástica y literaria. Es motivo de orgullo que la comida peruana haya tomado la posta en las vitrinas del turismo y los negocios de exportación, pero no se quedan atrás otras

variantes del turismo como la ecológica, la de aventura, la investigación, la de búsqueda de experiencias extra naturales, o simplemente la del turismo a secas; ni mencionar el momento en el que se votó para colocar a Machu Picchu como una de las maravillas del mundo: allí se concentró este sentimiento de orgullo pocas veces experimentado y se confirmó a la sociedad peruana el lugar merecido que le toca en la vitrina mundial de las grandes obras humanas imperecederas a través de los siglos.

El turismo, como experiencia práctica, es un vehículo que nos relaciona con los extranjeros que pasan o que nos visitan. Esto, que existe hace años, cobra en el presente otros significados: para algunos representa oportunidades de negocios o de contactos para salir fuera del país, a la par, para ciertos estratos de la población, la universidad, las instituciones del Estado y la empresa privada representan no solo lugares de trabajo sino también oportunidades para salir fuera del país como parte de un proceso de formación o de entrenamiento profesional. A pesar de estas experiencias cotidianas de contacto con el extranjero, funcionarios del Estado y trabajadores de las ONG — bajo la seriedad de un salón de clases— manifiestan su preocupación porque lo peruano se desvanece cada vez más. Quizá nos tengamos que preguntar ¿qué entendemos por cultura peruana?, ¿a qué imágenes estamos apelando?, y, ¿qué otros procesos que alimentan estos sentimientos de inseguridad pueden estar ocurriendo?

Responsable de esto no es solo la cultura, que, a propósito, nunca es ni fue pura o autóctona, la nativa la hemos conocido ya mezclada de mil modos con culturas provenientes de otros lugares; pero, justamente, la cultura imprime en las personas códigos de conducta que están siempre sometidos al intercambio que se produce con otros grupos.

Observamos también que esta movilidad entre lo nacional y lo extranjero es grande, y ocurre tanto de modo presencial como de modo virtual por medio de la música, el cine que disfrutamos en casa o en la calle, y la misma televisión, que sirve para conectarnos no solo con las grandes industrias del entretenimiento mundiales, sino

que nos pone en contacto con nuestra diversidad biológica, cultural y regional. Al mismo tiempo que mantenemos activo el contacto con otros mundos desde nuestra realidad cotidiana, estamos viviendo una efervescencia de producción nacional que abarca diversos campos y que manifiesta esta búsqueda de expresión de nuestras identidades como mezcla de culturas y sabores donde se trata de subrayar lo peruano bajo determinados rótulos, como para que quede claro que allí está *vivito y coleando*, que no ha desaparecido.

En el contacto con los otros, los humanos —con conciencia o sin ella— incorporamos sus usos y costumbres en nuestra cultura y los hacemos nuestros, dándonos nuestro gusto y un lugar específico en nuestras relaciones e imaginarios. Aunque, claro está, no tienen parangón en nuestra historia el volumen y el grado de exposición de las personas al consumo masivo y a otras culturas; de lo cual podríamos inferir que recibimos muchos estímulos que no siempre procesamos, pero que podrían alimentar los sentimientos de inseguridad que tenemos.

Por eso puedo decir que la globalización representa un contexto que no está fuera de nosotros sino en cada uno y en los lazos que hemos tejido entre unos y otros, en los modos de pensar y en los proyectos en los que soñamos. Es claro que los peruanos y peruanas vivimos esto en grados y situaciones muy distintas. Este contexto de la globalización lo podemos identificar como un piso que multiplica los contactos con otras realidades, en medio de lo cual cada quien ve cómo pone lo suyo.

Lo descrito simplemente habla de un país cuya población se mueve más y más entre varios mundos internos y externos, no necesariamente conectados. Justamente, las acciones que emprendemos como proyectos o expresiones de nuestras preocupaciones en muchos campos apuntan a conectar estos mundos y al hacerlo expresan nuestra manera de decir quiénes somos y qué queremos.

Significado de la inseguridad

No deja de inquietarme qué significan expresiones que uno escucha, como *estamos perdiendo las raíces* o *nos están quitando lo nuestro*. La pregunta que me hago es si en verdad este sentimiento de pérdida expresado por personas de distintos grupos profesionales, académicos, técnicos, entre otros, o provenientes de distintos estratos sociales, representa una manera de procesar

los cambios que se perciben o dar cuenta de ellos. La inseguridad tiene que ver no solo con el cambio en las costumbres, en los escenarios en los que nos movemos o en las nuevas reglas del mercado laboral, ni incluso con la distancia que percibimos entre generaciones. Me aventuro a decir que esta inseguridad expresa la incertidumbre que produce la falta de horizonte futuro que palpamos como grupos, personas y sociedad; esto es, la falta de proyectos y liderazgos claros en la sociedad y en la política, la ausencia de narrativas que organicen nuestro entorno y encuadren la manera de mirar el pasado y el futuro desde el presente, y en medio de ello, las múltiples dificultades para reconocer quiénes somos y qué queremos.

Probablemente en varios momentos de nuestra historia no hayamos tenido claridad sobre el futuro de la sociedad peruana; pero se sabía sobre qué coordenadas mundiales estábamos parados porque contábamos con discursos que circulaban o que manejábamos en varios ambientes y que permitían aventurar interpretaciones. El cambio, con sus múltiples facetas, es ahora signo de nuestro tiempo. Cambia el ordenamiento del mundo, el modo de relación entre sociedades y personas, y, en medio de ello, no aparece muy claro el futuro de las sociedades. Los discursos que manejamos y que todavía nos permiten explicar el presente no necesariamente nos ayudan a proyectar el futuro, aunque tampoco son suficientes para responder a los interrogantes del presente.

El significado de lo nacional ha perdido piso como espacio de referencia para ordenar la economía y la política. Funciones y proyectos distintos vinculados al espacio nacional se manejan entre espacios internacionales y nacionales, a la par que sirven como soporte de los procesos de la globalización. De este modo, los Estados creados bajo el imaginario nacional desplazan sus funciones y tienen que organizarse inter-externamente, en diálogo con estas coordenadas mundiales, justamente para aprovechar y hacer sinergia. El asunto no es de pérdidas o ganancias, sino más bien con quiénes y bajo qué coordenadas se promueven proyectos democráticos de desarrollo humano.

Cierto es que, como reacción defensiva ante los efectos de la globalización, las personas apelan a recordar expresiones folklóricas de la cultura andina, que si bien tiene un gran peso en la población peruana debería ser entendida a partir de las manifestaciones que tiene en el presente. En lo dicho hay tres problemas. Uno de ellos es fijar a la cultura en el pasado; otro, asumir la

cultura en forma única y no como mezcla de todo tipo de expresiones venidas de dentro y de fuera, y uno tercero que la cultura es el presente, cómo vivimos y cómo nos vemos, cómo nos diferenciamos del resto y cómo el resto nos ve.

En verdad nuestras culturas son híbridos, son fruto de cómo las hemos transformado con nuestros hábitos de vida. Pero necesitamos saber que al referirnos a ellas nos estamos refiriendo a nosotros mismos y a las imágenes de nosotros mismos, que tienen que ver también con la forma como nos ven los demás. Incluso, el proceso de comprender y apreciar nuestras culturas pasa por aceptar a los demás como nuestros semejantes, como aquellos seres que se diferencian o comparten rasgos culturales con uno, a pesar de que nuestras apariencias sean muy diferentes. Ocurre muchas veces que no reconocemos quiénes somos porque nos sentimos tan distintos a los otros, al resto, que no hay manera de establecer diálogos. Si bien esto está en nuestras mentes, también se alimenta de nuestros circuitos cotidianos que mayormente se mueven en un radio pequeño si tenemos en cuenta la totalidad y diversidad de la sociedad.

En todo caso, la comparación que sirve para la formulación de la auto imagen se hace bajo un pie de igualdad. La ausencia de este piso común representa un obstáculo para el reconocimiento de uno mismo. Por eso, al no reconocer a los demás estamos teniendo problemas para reconocernos a nosotros mismos. ¿No será por eso que muchos de los símbolos que hemos fijado para referirnos a nuestras culturas simplemente hablan de una añoranza del pasado, de las raíces perdidas, o las imágenes puras sin mezclas? Todo ello estaría revelando una rigidez ocasionada por el miedo que nos produce reconocernos cambiando en relación a los demás, a aquellos que no son como uno.

A todo esto, ¿por qué es importante la dimensión cultural? Mirar y compartir cómo entendemos nuestras culturas es una manera de mirarnos al espejo; puesto que somos nosotros mismos, en diálogo con los otros, los que iremos asimilando los rasgos que nos identifican, y al hacerlo tendremos que pasar por la experiencia de asumir las múltiples diferencias que hay entre unos y otros. Si al hacer el ejercicio de hablar de nuestras culturas sobre todo identificamos el pasado y no el presente, lo que se revela es una actitud defensiva, una dificultad para asimilar lo que somos y estamos viviendo. Dicho de otro modo, la globalización no sería el problema central, sino que nosotros no terminamos de ponernos

en la disposición de aceptar los términos y significados de nuestra convivencia actual, y, justamente, es la comparación con lo nuevo, lo externo que viene con la globalización, aquello que parece ser la piedra de toque, cuando en realidad representa solo un síntoma de esta sensación de pérdida de identidad cultural.

Identidades y políticas culturales

Los ciudadanos saben que la política tiene que ver con la vida, incluso a pesar de que los gobernantes no siempre establezcan las conexiones entre ellos y las políticas. Pero esta conexión no se basa únicamente en que el Estado provea de recursos al individuo, sino en que este último sienta o perciba que mantiene una relación positiva o negativa con el Estado y que eso afecta su vida. Las reglas que propone el Estado para ordenar la convivencia y darnos seguridad se enlazan con la dimensión simbólica del mismo, que representa este supuesto sentimiento común que es la savia de la comunidad política; pero esto se alimenta de hechos como las políticas, y de los gestos de los gobernantes y ciudadanos. Nada de ello existe por mandato legal o formal y menos como supuesto acumulado de la convivencia.

La política cultural representa una dimensión simbólica que si bien se nutre de la ley y las políticas públicas, también se alimenta de los sentimientos de pertenencia que tenemos los ciudadanos. Pero estos sentimientos se engordan o adelgazan con la interacción que ocurre en la vida cotidiana; cuando esos sentimientos son débiles, entonces los símbolos se tornan formales. El Estado somos nosotros en la medida en que nos sentimos parte de él; en nuestro caso, la ausencia de este sentimiento tiene que ver no solamente con nuestras dificultades de relación con la autoridad, sino con la carencia o intermitencia en los lazos entre peruanos y peruanas.

La política, en la medida en que se ocupa de los asuntos públicos de la sociedad, asuntos que afectan a los individuos, representa una dimensión relacionada con nuestra condición humana. Al acercamos al Estado salta la pregunta sobre qué esperamos o no del Estado, así como qué derechos y deberes sentimos que nos asisten; pero todo ello ha sido tamizado por cómo nos sentimos y qué pensamos que somos. Nuestra identidad cultural no se forma solamente en la sociedad, ni proviene como herencia de experiencias anteriores; la política actual del Estado es un elemento clave que influye en la identificación de los lazos que nos unen o distancian. Sin embargo, se comparte el hecho que el Estado y sus

funcionarios están allí por razones ajenas a la función pública, entonces la política cobra un significado devaluado que influye en los lazos ciudadanos-Estado.

A estas alturas de la vida política peruana la dimensión cultural resulta muy contradictoria, los sentimientos de desconfianza y distancia frente al Estado hacen que el diálogo entre representantes y ciudadanía sea áspero y tortuoso. No hay confianza mutua, priman los prejuicios de una parte y de otra, pero sobre todo no queda claro para qué existe el Estado y qué tiene que ver con la gente. Al mismo tiempo, es común que se piense que las acciones y proyectos de las personas no tienen vida propia sino hasta que el Estado los reconozca. En definitiva, no hay un horizonte común de referencia práctica, sino intereses y grupos que aprovechan los contactos y oportunidades para utilizar al Estado. Aquí los elementos culturales se utilizan de manera pragmática. No hay entrega de recursos a una población específica en la que el funcionario o representante no se vista con algún atuendo local. El intercambio de prendas no es sino un

símbolo de cómo se ha establecido una relación pragmática enmarcada en el hoy.

Si el Estado controla los recursos y se ocupa de la cosa pública, tiene en sus manos las herramientas y la responsabilidad para estimular que broten sentimientos de identificación entre la población y esta institución; y no necesariamente en base a prebendas o promesas. De otro lado, ¿qué espacios tienen los ciudadanos para intervenir y por esa vía afirmar su identidad en una relación que construye un territorio común? Las acciones comunes se pueden desarrollar a partir de propuestas a futuro, como también de la resolución de problemas concretos que se expresan en los conflictos sociales. En todos los casos se trata de entender la dimensión cultural de nuestras relaciones para ir deslindado quiénes somos desde la vida y la acción concertada en contextos globalizados. Aclarar quiénes somos y qué queremos nos puede permitir establecer cómo relacionarnos en un contexto globalizador, disminuyendo el sentimiento de inseguridad que nos invade. ■

LA UNIDAD MONETARIA SUDAMERICANA (UMS): UNA SEGUNDA APROXIMACIÓN*

Oscar Ugarteche

Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM Coordinador del Observatorio Económico de América Latina

La ciencia avanza funeral tras funeral
Max Plank citado por Mundell

El tema de una unidad de cuentas en común mediante la cual referir los precios de los productos, de bienes y servicios, está ligado a los procesos de integración en general. Robert Mundell en *A Theory of Optimum Currency Areas*¹ introdujo la noción acerca de que se

podría tener un área monetaria óptima que se basara en un sistema de tipos de cambio fijos dentro de la cual hubiera movilidad de factores productivos.² En 1971, Mundell perdió esta discusión ante Milton Friedman,³ quien desde 1953 argumentó por tipos de cambio libres

* El presente trabajo ha sido posible por la valiosa colaboración de Alejandro López Aguilar con el auspicio de la fundación Leopold Meyer de París y del Proyecto PAPIIT N.º IN 309608-3 titulado *Elementos para la integración financiera Latinoamérica* inscrito en el Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico, UNAM. Asimismo goza del apoyo de Latindadd.

1 MUNDELL, Robert A. «A Theory of Optimum Currency Areas» en *The American Economic Review*, Vol. 51, N.º 4. Sep. 1961, pp. 657-665.

2 «[...] the fixed-exchange-rate system is better within areas where factors are mobile and the flexible-exchange-rate system is better for areas between factors are immobile.» MUNDELL, Robert A. «A Theory of Optimum Currency Areas» en *The American Economic Review*, Vol. 51, N.º 4. Sep. 1961, p. 664.

3 Milton Friedman, «The case for flexible exchange rates» en *Essays on Positive Economics*, U of Chicago Press, 1953. «Friedman Redux: Restricting Monetary Policy Rules to Support Flexible Exchange Rates», Michael B. Devereux, Kang Shi, Juanyi Xu en *Economics Letters*, Volume 87, Issue 3, June 2005, Pages 291-299.